

**Autor:** *Anónimo.*

**Título:** *Costumbres Universitarias. La Borla.*

**Publicación:** *Museo Internacional del Estudiante, 2009.*

**Ver. original:** *Semanario Pintoresco Español, 1840.*

---

Hace pocos años que con motivo de graduarse de doctor un amigo mio en la universidad de Alcalá de Henares pasé á dicho pueblo, y asistí por primera vez á esta ceremonia: con este motivo tuve ocasion de observar las costumbres de sus estudiantes, sus ejercicios literarios y el aparato anticuado de sus ceremonias, que fué lo que más llamó mi atencion. Al presente esta misma universidad se nos ha entrado por las puertas de la capital; pero tan disfrazada que no la conoceria la madre que la parió. Los usos y trages antiguos han desaparecido en su mayor parte, y dentro de pocos años apenas quedará quien los haya visto ni se acuerde de ellos: entonces se leerán con novedad aquellas cosas que ahora por haberlas visto recientemente no hacian impresión. Una órden de gobierno desnudó á los estudiantes de sus bayetas, y los redujo en el exterior al comun de los ciudadanos: quizá otro segundo golpe concluirá con todas las costumbres antiguas, á no ser que se crea mas oportuno hacer una amalgama de usos antiguos y modernos, de la misma manera que se quitan los adornos góticos de una fachada por no embadurnarla despues con una mano de estuco, ó por un anacronismo harto frecuente se reunen trozos de diferentes épocas, colocando un retablo de gusto moderno entre los prolijos adornos de un templo de la edad media. Para enterarme, pues, á fondo de todo cuanto viese, me asocié con un estudiante jóven y de bastante instruccion, que

estaba en la misma posada que mi amigo, el cual se ofreció á ser mi *Cicerone*.

Llegó por fin el día de la Borla, anunciada desde la tarde anterior en la universidad por un repique de campanas.

Serian las diez de la mañana cuando nos dirigimos hácia la universidad mi compañero y yo: entramos por el hermoso patio del colegio mayor de S. Ildefonso, y despues de haber atravesado otros dos llegamos á un sitio que mi compañero dijo se llamaba el Paraninfo: dan este nombre á un vetusto salon donde se juntaba el claustro de doctores para conferir el grado de doctor (ó como vulgarmente se dice la Borla), y para algunos otros actos literarios.

Un tablado elevado media vara sobre el pavimento corria desde la puerta hasta una cátedra, sita en frente de ella, dividiendo el salon en dos partes iguales: el de la derecha servia para los doctores, y el público se acomodaba en la izquierda: las señoras podian asistir á las tribunas.

Mi amigo me insinuó que podíamos colocarnos en un banco que habia en el area de la derecha, destinado para los parientes y amigos del graduado; pero yo que deseaba por el contrario estar en parage donde pudiese observarlo todo sin llamar la atencion, preferí el colocarme en uno de los bancos destinados para el público.

Desde allí me entretenia en ver las diferentes figuras que sucesivamente se iban deslizando por la puerta adentro á ocupar el salon. Un doctor en leyes entraba pavoneándose con borla carmesí: por debajo de la sotana que le llegaba apenas á las rodillas se descubrian su pantalon azul y sus grandes travillas: saludó con borla en mano á varias señoras que ocupaban las tribunas, y en seguida se dirigió hácia un corro de doctores que disputaban acaloradamente: en la parte opuesta un grupo de estudiantes con sotana escurrida y

sombrero de forma ambigua se divertían en burlarse de los concurrentes de uno y otro sexo, y reírse de sus catedráticos y de un cadete de artillería, que por mirar á las tribunas se cayó contra un banco, con no poca algazara de los alumnos de Minerva.

Entre tanto yo no cesaba de repetir mis preguntas á cada momento para informarme de todo, cuando vino á cortar nuestra conversacion un estraño ruido de atabales, chirimías y bajones: entonces una confusa chusma entró presurosamente, é inundó todos los ángulos del salon, y los doctores se recogieron á sus respectivos sitios.

En breve se oyó la música ratonera á la puerta del salon: las chirimías y bajones entraron dentro, y fueron á tomar asiento en un banco bajo junto á los de los doctores. El estandarte de la universidad adornado con unos enormes lazos de cintas era conducido por un estudiante, amigo del graduado: presentóse este en seguida con la cabeza descubierta, y al lado de su padrino, precedido de los bedeles y el maestro de ceremonias que íban de golilla, y seguido del rector y su acompañamiento: al entrar este, el maestro de ceremonias dió un bastonazo: todos nos pusimos en pie hasta tanto que se sentó el rector en su sitio, que era por cierto una tabla pelada debajo de la cátedra, asiento mas duro sin duda que la saca de lana, y harto mezquino, aunque lo llamasen preeminente. El graduado se sentó sobre el tablado al lado de su padrino, el cual principió un discurso latino, pidiendo la venia con palabras ampulosas y frases altisonantes <sup>(1)</sup> al Sr. D. Rector, á la sagrada facultad, á los venerados perscrutadores de los sagrados cánones, á los integérrimos intérpretes de las leyes, á los sapientísimos investigadores de los arcanos de la naturaleza, y al respetable público: al invocar á este último, dirigió una mirada vaga y risueña hácia las tribunas; en

---

<sup>(1)</sup> Las palabras latinas Dominus Dominus se traducen en castellano Señor Don; no sé, pues, por qué daban al rector este tratamiento, diciéndole Domine Domine Rector.

seguida tosió, sacó el pañuelo, limpióse frente y narices, y principió su declamacion con aire magistral, espetándonos un exordio tan general , que venia allí tan á pelo como en un sermon de ánimas. A poco rato supimos de donde era natural el graduado, su mucha aplicación, y los repetidos honores con que habia sido condecorado durante su carrera literaria, por los cuales se habia hecho acreedor al premio que se le iba á conferir.

Yo que sabia lo que era mi amigo, que durante su carrera hacia tenido sus puntas y collar de holgazan, y que se graduaba sin mas méritos que los de nuestro Señor Jesu-Cristo, no pude menos de burlarme en mis adentros de tan baja adulacion; aunque por otra parte conocí el derecho que tenia á ella el graduado, puesto que la habia comprado con su dinero. Cansado, pues, de oir elogios, entablé otra vez el diálogo con mi estudiante, y en verdad que todo el auditorio, incluso los doctores, hacia lo mismo, y el murmullo de tantas conversaciones alternaba con la estrepitosa declamacion del padrino.

¿No me sabrá V. decir qué alusion tienen los diferentes colores de que usan los doctores en sus borlas?

No sabré decirselo á V., aunque oí decir á un teólogo que tenian cierta analogía con las aureolas de los bienaventurados: solo puedo decirle que los teólogos que se sientan los primeros junto al rector, llevan la borla y capirote de blanco, los canonistas usan la verde, y los legistas el encarnado: aquellos que ve V. de azul debajo del banco de los teólogos son los maestros en artes, ó doctores en filosofia.

¿Y aquel de la borla amarilla á qué facultad pertenece? Es un doctor y catedrático de Medicina, el único que hay en esta universidad, por haberse suprimido en ella esta facultad por el plan de estudios de 1824.

Entonces mi amigo hizo la observacion de que esta universidad, que en sus principios no se componia mas que de teólogos, médicos y maestros de artes, habia variado de tal modo que en el dia ya no tenia doctores médicos; los de filosofía se iban concluyendo, pues nadie se graduaba en ella; y la facultad de teología, en otro tiempo tan numerosa, era la que menos individuos tenia en las aulas.

Dígame V.: ¿qué empleo tiene aquel jóven que está tambien sobre el tablado frente al graduado y su padrino?

Aquel es un amigo del graduado, y como un segundo padrino: le llaman la gallina, asi como al otro padrino le llaman el gallo. Dióme no poco que reir la ocurrencia de aquel gallinero académico. Habia observado durante la conversacion algunos colegiales que habian entrado con sus trages peculiares, que me llamaron no poco la atencion; hícelo presente á mi interlocutor, el cual me dijo, que en efecto habia en Alcalá tres ó cuatro colegios menores, los cuales en sus trages y colores no guardaban analogía con los de las facultades que estudiaban, como yo habia creido. Uno de ellos se titulaba de los verdes, porque usaban manto de este color y beca de color de ladrillo, y eran legistas. En el de Málaga estudiaban teología, y llevaban manto encarnado y beca morada; y en otro que llamaban del Rey usaban manto de paño pardo y beca de azul oscuro, y eran juristas. Díjome tambien, que á fines del siglo pasado habia otros muchos con diferentes trages y obgetos, como el de Lugo, otro de Leon, de Aragon, de Santa Justa y Rufina, de Irlandeses, el Trilingüe y otros varios que se suprimieron por falta de renta, aunque el colegio mayor de San Ildefonso no le valió el tenerlas para que no le suprimiese el benignísimo príncipe de la Paz, pues vendió sus principales fincas en un millon de reales, y en verdad que no fueron caras.

Aquí llegábamos de nuestra conversacion, cuando el padrino, alias el gallo, concluia tambien su discurso.

Levantóse, y dirigiéndose al rector, le pidió el grado de doctor para su cliente. Accedió á ello el rector, y entonces, hincándose de rodillas el novel doctor, juró uno tras otro todos los misterios de nuestra santa fé, y otras varias cosas que ni eran misterios, ni de fé.

Entre tanto los bedeles andaban muy afanados repartiendo propinas á los doctores: iba yo á preguntar si habia tambien propinas para el público, lo cual me hacia creer la multitud de artesanos, y aun pobres que habian concurrido, cuando volvieron á sonar las chirimías y bajones, formando un ruido semejante al que forman el maído del gato y el sordo ahullido de un perro cuando se preparan á embestirse: entonces el rector tomó la borla del graduado que estaba sobre una bandeja de plata, y haciendo con ella la señal de la cruz, la puso sobre la cabeza de su dueño. En seguida el padrino condujo al doctor novel al pie de la cátedra, sobre la cual estaba encaramado el decano de la facultad: dirigióle este una arenga que nada tenia de improvisada, advirtiéndole y ponderándole la dignidad que acababa de contraer y las obligaciones en que le constituia, y para exhortarle al estudio le entregó un librito encuadernado en tafilete, muy parecido á una guia de forasteros.

Faltaba todavía lo mejor: ¡cómo me habia yo de figurar que en el siglo XIX habia de ver armar caballero! y á quién? á un estudiante: en efecto; bajó el decano de su cátedra, y principió la ceremonia algo diferente por cierto de la que usó el ventero con el hidalgo de la Mancha: como el nuevo doctor no llevaba donde ceñirse la daga ni la espada, no hizo mas que tomar los chismes conforme se los fueron dando, y dejarlos en seguida sobre la mesa, despues de dar tres cortes al aire: en cuanto á las espuelas por no ponérselas á los pies, se las pusieron en la mano.

Principió en seguida á repartir abrazos á todos los doctores, principiando por el rector, y concluyendo por el último maestro en artes: abrazos hubo allí casi comparables á los que le dió á Roldan el amigo Bernardo, si no mienten los romances.

Concluido el ceremonial de los abrazos, restablecióse nuevamente el órden en el salon, y el baston del maestro de ceremonias concluyó de imponer silencio, para que oyésemos el panegírico de nuestros reyes que es lo último, y lo que nos restaba que oír. Principió á recitarlo el nuevo doctor con voz apagada, y con un estilo monótono que descubría á la legua, que el relator y el redactor de aquel discurso eran personas diferentes: bien es verdad que á juzgar por lo hinchado del estilo, y lo vago de sus conceptos, no estaban muy distantes el uno del otro: por fortuna el amigo no fué muy prolijo: despues de haber recitado mal lo poco que dijo, tartamudeando y dejándose cláusulas enteras con detrimento de la composicion, y no poca mortificacion del padrino que le apuntaba por bajo, llegó por fin á una cláusula en donde se atascó: tosió, tartamudeó 304 veces una misma palabra, y no sabiendo que decir, se quedó parado: entonces volvieron á sonar las chirimías y bajones, y con esto se levantó la sesion, saliendo el nuevo doctor entre los abrazos y aplausos de sus amigos que le repetian irónicamente la consabida fórmula de «V. descanse.»